

## XXIV

## Bernardica desde las apariciones

La humilde y dichosa joven, que la Santísima Virgen había elegido para obrar por ella tan grandes cosas, permaneció después de las celestes visiones tal como antes era; la Virgen Santísima la conservó con toda su sencillez, modestia y candor. Nada extraordinario se notó después en ella, como no fuese aquella tranquila y dulce humildad, con la cual despreciaba, por decirlo así, la vanagloria y las incesantes curiosidades.

En la escuela jugaba, saltaba, se entretenía, paseaba como las demás niñas. Su inteligencia había continuado siendo no más que común, y se pasó largo tiempo antes que supiese leer y escribir. Era piadosa, edificante; pero nada la distinguía de las otras niñas piadosas. Hablaba poco, su lenguaje era bastante frío; todo su mérito se resumía en lo que había agradado á la Reina de los Angeles: la inocencia de una vida pobre y oscura, el candor del espíritu, la rectitud de su conciencia.

Bernardica hizo su primera Comunión en este mismo año 1858, el 3 de Junio, jueves de *Corpus*. Esperábase para este día algo extraordinario; pero nada ocurrió, nada sino que una buena jovencita hizo piadosamente su primera Comunión.

Por espacio de dos años más, concurrió á la escuela. Algunos meses después de su primera Comunión, fué admitida en la Congregación de la Virgen Santísima, en la que continuó edificando á todo el mundo, sin admirar á nadie. En 1860 las Hermanas de la Caridad de Nevers, que servían en el hospicio de Lourdes, dirigiendo al propio tiempo la escuela, le ofrecieron un abrigo tutelar, y desde aquel día permaneció bajo su techo. Era siempre la misma; su salud era delicada, fatigada por el asma, y puede añadirse por las continuas visitas de los peregrinos y curiosos.

Esta afluencia aumentaba de día en día. Fiel á la gracia de publicidad que había sido el carácter de los milagros de la santa gruta, Bernardica no se ocultaba á las miradas, á las preguntas, hasta á las indiscreciones de nadie. Espontáneamente no hablaba nunca de los favores sobrenaturales de que había sido objeto; preguntada, respondía lacónicamente, con mucha claridad, y, cosa admirable, sin dejar percibir la menor emoción. Era simplemente un testigo, sencillo y sincero, que decía lo que había visto, que repetía lo que había oído; ni más ni menos.

Cuando comprendía que las personas que la interrogaban habían tomado el partido de no creerla, evitaba toda contestación. «Hé aquí lo que he visto y lo que sé, decía sin pesar y casi con indiferencia: si no queréis creerlo, ¿qué haré?» Y se callaba.

En un principio, cuando se a amenazaba y se pro-

baba el hacerle decir que mentía, contestaba con una entereza impropia de su edad: «Haced lo que queráis; primero iré á la cárcel antes que decir que mis palabras no son verdaderas.»

Sin embargo, Dios bondadoso hacía brillar de una manera inexplicable la pura verdad de las palabras de Bernardica; Él le daba un poderío irresistible, y esta niña que naturalmente no tenía nada de lo que es necesario para convencer y conmover, conmovía y convencía casi siempre. Un magistrado protestante, sabio jurisconsulto, fué un día á visitar á Bernardica con un eclesiástico conocido suyo. Entrambos la interrogaron. El protestante escuchaba con profundo interés; poco á poco le dominó la emoción, y prorrumpió en llanto. «Señor Cura, le dijo al salir, se puede disputar, se puede tratar de explicar los prodigios de la gruta: en cuanto á mí, la fuerza de la convicción está en que esa niña me admira y me conmueve. Algo hay en esto.»

Ante las contradicciones sinceras, Bernardica hallaba siempre con extraña felicidad la respuesta necesaria. Enojábase un poco únicamente cuando se trataba de defender el honor de la verdad, y por consiguiente el honor de la Santísima Virgen. Un excelente cristiano, aparentando no creer que esta se hubiese expresado en patués de Bearne, decía á Bernardica: «Te engañas, hija mía. Dios y la Santísima Virgen no comprenden tu patués; no conocen este miserable lenguaje. — Si no lo supiesen, caballero,

respondió con blandura la niña, ¿cómo lo sabríamos nosotros? Y si ellos no lo comprendiesen, ¿quién nos haría capaces de comprenderlo?.....»

«¿Cómo la Virgen Santísima ha podido mandarte que comieses hierba? le dijo otra vez un *espíritu fuerte*. ¿Es que te tomaba, pues, como una béstia?—¿Pensais esto de vos cuando coméis ensalada?» replicó al punto la niña con una ligera sonrisa.

Lo hemos dicho ya, ni Bernardica ni sus pobres padres quisieron nunca aceptar nada de los innumerables visitantes que, sea por bondad de corazón, sea para tentarlos, les hicieron mil veces ofertas las más seductoras. Las negativas de la niña fueron siempre tan firmes, tan acentuadas, que muchos han creído que esta era una de las tres recomendaciones secretas dirigidas por la Virgen á su privilegiada niña.

Una señora, conociendo el rigor de su delicadeza y al mismo tiempo la miseria en que vivían sus padres, deslizó furtivamente un día dos piezas de oro en su bolsillo. Bernardica se apercibió, su mano retiró con viveza las dos monedas, y con un sentimiento de dignidad ofendida, le dijo:

—Señora, os doy gracias, pero no guardaré vuestro oro.

—Pero, hija mía, tus padres son pobres, replicó con ternura la señora; te lo doy con todo mi corazón. ¡Pobre niña! quizás no tengas siempre pan.

—¡Oh! señora, no siempre, pero necesito tan poco! La generosa señora tuvo que recoger su dinero.

Otro día, un buen sacerdote, muy conmovido, le ofrece una moneda de plata. Ella rehusa, él insiste, vuelve ella á rehusar.

—Tomad por favor; no será para vos, será para los pobres. Tendréis el placer de hacer limosna.

—Hacedla vos mismo á mi intención, señor Cura, contestó la niña; valdrá así más que si yo la hiciese.

Sin embargo, Bernardica crecía en edad. A medida que adelantaba en la vida, se sentía más y más disgustada del mundo y del ruido, y resolvió consagrarse á Dios en la vida religiosa. Después de haber sido la mensajera y el apóstol de la Virgen Inmaculada durante los primeros años de la peregrinación de Lourdes, después de haber hecho así un bien inmenso, incalculable, entró en Julio de 1866 en el noviciado de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde hizo sus votos el 30 de Octubre de 1867, bajo el nombre de sor María Bernarda. Tenía entonces poco más de veintitres años.

Era siempre la misma Bernardica, sencilla, humilde, afable, siempre sufrida, siempre digna de las miradas inmaculadas de la Santísima Virgen. «Su fisonomía,» dice una persona que ha tenido la dicha de verla muy recientemente, conserva el carácter y la gracia de la infancia. Tiene un encanto incomparable, un encanto que no es de este mundo; su sola vista eleva el alma, y al dejarla se va uno embalsamado por el perfume de la inocencia. Por otra par-

te, nada presenta de extraordinario, nada que llame la atención y haga adivinar los sublimes favores de que ha sido objeto. Dios la visita aún, no por brillantes apariciones, sino por la prueba sagrada del sufrimiento. Está á menudo enferma y tiene la dicha de sufrir mucho. Soporta sus dolores con dulce y casi regocijada paciencia. Muchas veces se ha creído verla morir: «No moriré todavía,» decía sonriendo.

Como en otro tiempo hacía en Lourdes, á menos que no se le pregunte, no habla nunca de los prodigios de que ha sido el instrumento. No busca más que el retiro, el silencio y recogimiento.

«Es siempre una encantadora niña, escribía por su parte una Religiosa de la Comunidad; es piadosa como un Ángel, cariñosa como un cordero, sencilla como la paloma. ¡Que Dios se digne conservárnosla! ¡Hace tanto bien el sólo verla!»

1 Años después de escrita esta obra, el 16 de Abril de 1879, la Hermana María Bernarda murió piadosamente en su convento de Nevers. Sus últimos momentos fueron de los más edificantes. Rogó á las Religiosas que la asistían rezasen el Rosario, siguiéndolas ella con gran fervor. Llegada la hora suprema, después de rezar el *Ave Maria*, fué á continuar en el cielo el homenaje que tributaba á la Virgen Inmaculada. El 23 del mismo mes se celebraron por su eterno descanso solemnes exequias en la Basílica de Lourdes, y el P. Sempé, superior de los misioneros de la Gruta, hizo con sencillez conmovedora el elogio de la Hermana María Bernarda.—(N. del E.)

## XXV

## Juicio episcopal é institución canónica de la peregrinación

Desde los primeros meses el venerable y reverendísimo Laurence, entonces obispo de Tarbes, avisado por el Cura de Lourdes, estaba vivamente preocupado por los acontecimientos extraordinarios de que la gruta de Massabielle había sido y continuaba siendo testigo. En 28 de Julio de 1858 había nombrado una Comisión compuesta de eclesiásticos doctos y prudentes, de médicos y de sabios tan respetados por su saber como por su carácter.

Mucho tiempo tardó el señor Laurence en dar á conocer su decisión. Quiso así la Providencia; quiso que la peregrinación de Lourdes se fundase por sí misma, sobrenaturalmente y sin el concurso de potestad alguna terrenal, ni aun de la más divina de todas, la de la Iglesia. Sola la Inmaculada Virgen había de ser el alma de esta incomparable maravilla, desde luego por sus misteriosas apariciones á la niña Bernardica, después por las incesantes y milagrosas efusiones de misericordia, cuyo renombre se extendía ya por toda la Francia.

El juicio del prudente y piadoso Obispo no contribuyó, pues, en nada al establecimiento y á la gloria de la peregrinación de Nuestra Señora de Lourdes. Cuando habló el Obispo, estaba ya fundada la peregrinación; brillaba con todo su esplendor, y el

decreto de la autoridad eclesiástica no hizo más que certificar, que confirmar lo que existía. Antes de darlo el señor Obispo quiso ver é interrogar por sí mismo á la niña Bernardica. En una solemne sesión de la Comisión investigadora, hízola comparecer á su presencia, y ella repitió por última vez su relato, respondiendo á todas las preguntas que dictaba á aquellos hombres la conciencia del gran acto que preparaban. Cuando, al referir la aparición del 25 de Marzo, Bernardica imitó la actitud y el gesto de la «Señora» en el momento en que decía: *Soy la Inmaculada Concepción*, vióse correr dos gruesas lágrimas por el rostro austero del anciano Obispo. Después de la sesión, dijo conmovido todavía: «¿Habéis observado á esa niña?» y no cuidó de disimular la profunda impresión que había experimentado.

Por fin, hecha plenamente luz, discutidas que fueron concienzudamente, las objeciones posibles, y completamente resueltas, habiendo la fe, la sana razón y la ciencia pronunciado su última palabra; el Obispo publicó el día 18 de Enero 1862, casi cuatro años después de la primera aparición, un decreto conteniendo el juicio sobre las apariciones de la gruta de Lourdes.

La parte dispositiva de este decreto estaba concebida en los siguientes términos:

«Después de haber conferenciado con nuestros venerables hermanos los Dignatarios, Canónigos y

Capítulo de nuestra iglesia Catedral, invocando el santo nombre de Dios;

«Fundándonos en las reglas sábiamente trazadas por Benedicto XIV para el discernimiento de las apariciones verdaderas ó falsas;

«Vista la relación favorable que nos ha sido presentada por la Comisión encargada de informar sobre la aparición en la gruta de Lourdes y los hechos que á ella se refieren;

«Visto el dictamen escrito de los doctores en medicina, á quienes hemos consultado acerca de las numerosas curaciones obtenidas á consecuencia del uso del agua de la gruta;

«Considerando primeramente que el hecho de la aparición, ora en la niña que la ha referido, ora en los efectos extraordinarios que ha producido, no puede explicarse sino por la intervención de una causa sobrenatural;

«Considerando en segundo lugar que esta causa no puede ser sino divina, puesto que, siendo los efectos producidos, los unos señales sensibles de la gracia (como la conversión de los pecadores) y los otros derogaciones de las leyes de la naturaleza (como las curaciones milagrosas), no pueden atribuirse más que al Autor de la gracia y al Dueño de la naturaleza;

«Considerando finalmente que nuestra convicción esta confirmada por la concurrencia inmensa y espontánea á la gruta de los peregrinos, concurrencia

que no ha cesado desde las primeras apariciones, y cuyo objeto es pedir favores ó rendir gracias por los recibidos;

«A fin de responder á la legítima impaciencia de nuestro venerable Capítulo, del clero, seglares de nuestra diócesis y de tantas almas piadosas que reclaman hace tiempo de la Autoridad eclesiástica una decisión que motivos de prudencia nos han hecho retardar;

«Queriendo también satisfacer los deseos de muchos de nuestros colegas en el episcopado y de un gran número de personajes distinguidos, extraños á la diócesis;

«Después de haber invocado las luces del Espíritu Santo y la asistencia de la Virgen Santísima;

«Hemos declarado y declaramos lo siguiente:

«*Fuzgamos que la Inmaculada MARIA, MADRE DE DIOS, ha realmente aparecido á Bernardica Soubirous en 11 de Febrero de 1858 y dias siguientes, en número de diez y ocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la población de Lourdes: que esta aparición reviste todos los caracteres de la verdad, y que los fieles pueden con fundamento creerla cierta.*»

El señor Laurence añadía que sometía este juicio al supremo del Romano Pontífice; autorizaba en su diócesis el culto de Nuestra Señora de Lourdes; y proseguía: «Para conformarnos á la voluntad de la Santísima Virgen, muchas veces expresada al tiem-

po de la aparición, nos proponemos levantar un santuario en el sitio de la gruta, que ha pasado á ser propiedad de los Obispos de Tarbes.» Y á este efecto el piadoso Obispo hacía un llamamiento á la caridad de todos los fieles celosos de la gloria de la Inmaculada Concepción.

Algunos años después, el Soberano Pontifice, sin pronunciar un juicio propiamente dicho sobre las apariciones sagradas de la gruta, confirmaba indirectamente la sentencia del Obispo de Tarbes. En un Breve dirigido en 4 de Septiembre de 1869 al célebre historiador de *Nuestra Señora de Lourdes*, el Papa le felicitaba porque acababa de «probar y establecer la reciente aparición de la misericordiosísima Madre de Dios; y esto de tal manera que la misma lucha de la malicia de los hombre contra la misericordia divina sirve precisamente para hacer resaltar con más fuerza y viveza la *luminosa evidencia del hecho*.» Así, pues, de hoy más pueden grabarse en la roca de Massabielle bajo la augusta firma de Pio IX estas palabras que el Espíritu Santo ha dictado á su corazón: «La aparición de la Inmaculada Concepción en la gruta de Lourdes es un hecho de verdad evidente.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Posteriormente el mismo Papa dió á esto nueva fuerza disponiendo fuese coronada solemnemente la imagen de Nuestra Señora de Lourdes, como así se hizo el 3 de Julio de 1876, al mismo tiempo que se bendijo la nueva y suntuosa iglesia.

El llamamiento del venerable Obispo fué atendido. Se adoptó un magnífico plano de iglesia gótica, que debiendo costar dos millones, ofrecía inmensas dificultades. Mas el señor Laurence no consultó más que á su fe, y no quiso preocuparse sino de la gloria de la Virgen inmaculada. Empezaron los traba-

Para esta ceremonia, que fué imponente, se reunieron el Ilustrísimo Meglia, Nuncio apostólico, y más de ochenta prelados, cardenales, arzobispos, obispos, protonotarios apostólicos, etc., asistiendo los duques de Parma y muchos príncipes, nobles y otras personas distinguidas. Entre los fieles que acudieron á Lourdes, cuyo número no bajaba de cincuenta mil, los había procedentes de varias provincias y del extranjero y aun de América.

En la iglesia se veían á miles los estandartes y banderas de los santuarios dedicados á la Virgen, y en el exterior había profusión de mástiles, adornados de verdes guirnaldas y gallardetes de colores blanco y azul, y blanco y amarillo.

Entre los muchos donativos que en el citado día se ofrecieron á la devota Imagen de Lourdes, cuéntase una magnífica custodia, costosísimo regalo de un peregrino, que es una verdadera maravilla de esmalte, dorado y platería, en la que se ocuparon por espacio de más de cuatro años su autor y treinta y seis operarios.

El año siguiente, 1877, Nuestra Señora de Lourdes recibió una nueva prueba de predilección de parte del inmortal Pio IX: una Comisión italiana, compuesta de setenta personas, llevó á la Virgen Inmaculada de Lourdes la rosa de oro que el Papa acostumbra á bendecir el cuarto domingo de Cuaresma.—(N. del E.)

jos en el mes de Octubre de 1862, y cuatro años después, en Mayo de 1866; celebróse por vez primera la santa Misa en la cripta que había de tener el nuevo santuario.

Antes empero habíanse celebrado con otra solemnidad las glorias de Nuestra Señora de Lourdes, y realizádose el deseo de que la niña Bernardica había sido en otro tiempo la mensajera: *quiero que se venga aquí en procesión*. Tratábase de inaugurar y bendecir la estatua de Nuestra Señora de Lourdes en la gruta, en la excavación oval, en el sitio mismo en que la Inmaculada se había dignado aparecer tantas veces. En 4 de Abril de 1864, seis años después de las milagrosas apariciones, el señor Laurence, rodeado de un inmenso número de clérigos y de fieles, bendijo solemnemente la estatua de mármol que el talento y la fe de un artista de Lyon habían sabido hacer de hermoso parecido.

Esta estatua representa á la Virgen Santísima en el momento en que dijo á Bernardica el 25 de Marzo: «Soy la Inmaculada Concepción.» Está esculpida según las precisas indicaciones de Bernardica, y representa, con la menor imperfección posible, la verdad de las líneas y detalles. Mas ¡ay! ¿qué puede la mano del hombre cuando tiene que reproducir con elementos materiales las cosas celestiales y divinas? Cuando Bernardica vió esa buena estatua, dijo: «¡Ah! ¡es muy hermosa, pero..... no es Ella! la diferencia es como de la tierra al cielo.»

El día de la inauguración de la cripta, Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el triunfo de su inmaculada Bienhechora. Toda la población de Lourdes, toda la diócesis estaba de fiesta, y el recuerdo de aquel día vive aún en todos los corazones.

Los terrenos contiguos, comprados por el obispo, han sido destinados á las necesidades de la peregrinación. El suelo de la gruta ha sido nivelado, y el agua que mana en el fondo, á la izquierda, es recogida ahora en una pila de mármol blanco, desde donde se desliza por el torrente. La gruta permanece tal como estaba cuando las apariciones. La cripta y la iglesia están colocadas encima de las rocas de Massabielle, como una espléndida corona ofrecida á la Inmaculada Concepción. La torre se eleva trescientos piés sobre la gruta.

Las necesidades de la peregrinación han exigido la fundación de una casa especial de misioneros, que reciben las procesiones, acogen á los peregrinos, oyen las confesiones y distribuyen á los fieles la santa Eucaristía y la palabra de Dios.